

Libro: La expulsión de lo distinto

Título original: Die Austreibung des Anderen

Autor: Byung-Chul Han

Editorial: Herder, Barcelona. 2017

El lenguaje de lo distinto (pág. 99 – 108)

En la serie de imágenes de Jeff Koons *Easyfun-Ethe- real* todo tipo de artículos de consumo se acoplan unos con otros en la pantalla del ordenador formando imágenes coloridas. Pasteles, salchichas, granos de maíz, ropa interior y pelucas vuelan arremolinados mezclándose por el aire. Sus imágenes reflejan nuestra sociedad, que se ha convertido en unos grandes almacenes. Está abarrotada de cosas y de anuncios efímeros. Ha perdido toda alteridad, toda extrañeza. De este modo, tampoco es posible el asombro.

El arte de Jeff Koon, que se amalgama por completo con la cultura de consumo, sublima a este último convirtiéndolo en una figura de la redención. La escultura *Balloon Venus*, en postura de parto, da a luz a un nuevo redentor. En su vientre se encuentra una botella de champán Dom Pérignon Rosé, cosecha de 2003.

La «extrañeza del mundo» es para Adorno un factor del arte. Quien percibe el mundo de otro modo que no sea como algo extraño no lo percibe en absoluto. Al arte le es esencial una tensión de negatividad. De este modo, para Adorno no habría ningún arte que haga sentirse a gusto. La extrañeza en relación con el mundo es asimismo un factor de la filosofía. Dicha extrañeza es inherente incluso al *espíritu*. De este modo, el espíritu es, esencialmente, una *crítica*.

En la sociedad del «me gusta» todo se vuelve complaciente, incluso el arte. Hoy nos hemos olvidado de asombrarnos:

Cuanto más densamente los seres humanos (que no son lo mismo que el espíritu subjetivo) tejen la red categorial, cuanto más pierden la costumbre del asombro por lo otro; la familiaridad hace que se engañen sobre lo extraño. El arte intenta subsanar esto débilmente, como si se cansara pronto. A priori, el arte asombra a los seres humanos.

Hoy el mundo es sobrehilado con redes digitales que no toleran otra cosa que el espíritu subjetivo. A causa de ello ha surgido un campo visual familiar del que se ha eliminado toda negatividad de lo extraño y distinto, una caja de resonancia digital en la que el espíritu subjetivo ya solo se encuentra a sí mismo. En cierta manera, reviste el mundo de la retina propia.

La pantalla digital no permite ningún asombro. Con la creciente familiaridad se pierde toda capacidad de asombrarse, que es lo que infunde vida al espíritu. El arte y la filosofía tienen la obligación de revocar la traición a lo extraño, a aquello que es distinto del espíritu subjetivo, es

decir, de liberar lo distinto de la red categorial del espíritu subjetivo, devolviéndole su *alteridad que causa extrañeza y produce asombro*.

El arte se caracteriza por su carácter enigmático:

Al final, en el carácter enigmático mediante el cual el arte se contrapone con la mayor claridad a la existencia indudable de los objetos de acción pervive su propio enigma.

El producto de la acción es un producto del sujeto de la acción, el cual no es capaz de asombrarse. Lo único que libera a las cosas de las coerciones del sujeto de la acción es la «observación sin violencia», la «cercanía en la distancia», es más, la *proximidad de la lejanía*. Lo bello solo se muestra a la mirada larga y contemplativa. Cuando el sujeto de la acción se retira, cuando se vence su ciego apremio al objeto, las cosas recuperan su alteridad, su enigma, su extrañeza, su misterio.

También para <Paul> Celan el arte salvaguarda lo siniestro y desapacible. Causa un «salir de lo humano, un salir a un ámbito dirigido a lo humano e insólito». El arte —y en eso consiste su existencia paradójica— tiene su hogar en lo inhóspito. Las imágenes poéticas son figuraciones en un sentido privilegiado, como formas introducidas. Son «imaginaciones (resultado de meter algo en imágenes), incrustaciones en las que se puede avistar lo extraño en el aspecto de lo familiar». A la poesía le es inherente una oscuridad.

La poesía da testimonio de la presencia de lo ajeno que se custodia en ella. Es la «oscuridad congénita, la oscuridad adherida a la poesía en función de que se produzca un encuentro». La figuración poética que introduce formas, la imaginación poética configura lo ajeno dentro de lo igual. Cuando lo ajeno no se incluye, entonces se prosigue con lo igual. En el infierno de lo igual la imaginación poética está muerta. Peter Handke se refiere a Celan cuando anota: «La gran imaginación... pasa de largo, pero se encarga de las inclusiones capaces de ser eliminadas». A causa de las inclusiones que hace de lo ajeno, la imaginación desestabiliza lo igual, la *identidad del nombre*: «La imaginación me penetra (a), me transforma en nadie (b) y me convierte en hablante (c)». El poeta como hablante anónimo, como si no fuera nadie, habla *en el nombre del otro, de lo totalmente distinto*.

El arte presupone la transcendencia de sí mismo. Quien tiene en mente el arte, se ha olvidado de sí mismo. El arte crea una «lejanía del yo». Olvidado de sí mismo, se dirige hacia lo inhóspito y extraño: «Tal vez —solo pregunto—, tal vez la poesía, como el arte, se dirige, con un yo olvidado de sí mismo, hacia aquello insólito y extraño».

Hoy ya no vivimos poéticamente en la tierra. Nos acondicionamos en la zona digital, donde nos sentimos a gusto. Somos cualquier otra cosa que anónimos u olvidados de nosotros mismos. La red digital habitada por el ego ha perdido por completo todo lo ajeno, todo lo inhóspito. El orden digital no es poético. Dentro de él nos movemos en el espacio numérico de lo igual.

La hipercomunicación actual reprime los espacios libres de silencio y de soledad, que son los únicos en los que sería posible decir cosas que realmente merecieran ser dichas. Reprime el *lenguaje*, del que forma parte esencial el silencio. El lenguaje se eleva desde un *silencio*. Sin silencio, el lenguaje ya es ruido. A la poesía —dice Celán— le es inherente una «fuerte propensión a enmudecer». El

ruido de la comunicación vuelve imposible *estar a la escucha*. En cuanto principio poético, la *naturaleza* solo se descubre gracias a la pasividad primordial que implica estar a la escucha:

Sobre esa frase de Hiperión que se repite en vista de la naturaleza «Todo mi ser enmudece y está a la escucha»: en efecto, el ser que enmudece tiene que ver con la actitud de «estar a la escucha», y no con «mirar».

El escritor francés Michel Butor constata una crisis contemporánea de la literatura y la concibe como una crisis del espíritu:

Hace diez o veinte años que ya no sucede casi nada en la literatura. Hay un aluvión de publicaciones, pero un parón intelectual. La causa es una crisis de comunicación. Los nuevos medios de comunicación son admirables, pero causan un ruido tremendo.

Hoy, la voz silenciosa del otro zozobra en el ruido de lo igual. En último término, la crisis de la literatura se explica en función de la expulsión de lo distinto.

La poesía y el arte están de camino a lo *distinto*. Su rasgo esencial son las ansias de lo distinto. En su discurso «El meridiano», Celan refiere la poesía expresamente al otro:

Pienso [...] que desde antaño siempre pertenece a las esperanzas del poema [...] hablar [...] en nombre de una causa ajena [...] quién sabe si de otro totalmente Otro.

El poema solo acontece en el encuentro con otro, en el misterio del encuentro, en presencia de un prójimo que esté enfrente:

El poema quiere ir hacia algo Otro, necesita ese Otro, necesita un interlocutor. Se lo busca, se lo asigna. Cada cosa, cada hombre es para el poema que mantiene el rumbo hacia ese Otro una forma de ese Otro.

No solo todo hombre, también toda cosa es un prójimo que está enfrente. El poema llama también a una cosa, se la encuentra en lo que ella tiene de alteridad y entabla una relación dialógica con ella. Al poema todo se le manifiesta como un *tú*.

De la percepción y la comunicación actuales desaparece cada vez más el prójimo que tenemos enfrente, por cuanto él representa la presencia del otro. El prójimo que tenemos enfrente se degrada cada vez más a mero espejo en el cual uno se refleja. Toda la atención se centra en el ego. La tarea del arte y de la poesía viene a consistir en hacer que la percepción *deje de espejar*, en abrirla al prójimo que tenemos enfrente, al otro, a lo distinto. La política y la economía actuales centran la atención en el ego. La atención se pone al servicio de una autoproducción. Cada vez se la retira más de lo distinto y se la reconduce al ego. Hoy competimos despiadadamente por la atención. Somos, los unos para los otros, escaparates que pugnan por acaparar la atención.

La *poética* de Celan de la atención se contrapone a la *economía* actual de la atención. Se consagra exclusivamente a lo distinto: «La atención — permítanme citar aquí unas palabras de Malebranche que Walter Benjamin menciona en su ensayo sobre Kafka—, la atención es la oración natural del alma».

El alma siempre está en actitud orante. Está a la búsqueda. Es una plegaria de súplica al otro, a lo completamente distinto. También para Lévinas estar atento significa un «excedente de conciencia que supone la llamada del Otro. Ser atento es reconocer el señorío del otro».

Hoy, la economía de la atención desplaza tanto a la poética de la atención como a la ética de la atención extinguiéndolas. Traiciona lo distinto. La economía de la atención totaliza el tiempo del yo. Por el contrario, la poética de la atención descubre el tiempo propio y más específico de lo distinto, *el tiempo de lo distinto*. Deja «expresarse también lo que a él, al otro, le es más propio: su tiempo».

El poema busca la conversación con el otro:

El poema se convierte [...] en poema de quien —todavía— percibe, que está atento a lo que aparece, que pregunta y habla a eso que aparece. Se hace diálogo; a menudo es un diálogo desesperado.

El poema es un acontecimiento dialógico. La comunicación actual es fuertemente narcisista. Se produce sin ningún *tú*, sin invocar al otro. En el poema, por el contrario, yo y tú se engendran mutuamente:

Solo en el espacio de este diálogo se constituye lo interpelado, se concentra alrededor del yo que interpela y denomina. A esa presencia, lo interpelado, que gracias a la denominación ha devenido un Tú, trae su alteridad.

La comunicación actual no tolera *decir tú*, llamar *al otro*. La invocación del otro como tú presupone una «distancia original». Precisamente la comunicación digital tiene como objetivo destruir toda distancia. Con medios digitales hoy tratamos de aproximarnos al otro tanto como sea posible. Pero no por ello el otro nos enriquece más con su presencia virtual. Más bien lo hacemos desaparecer.

Además, invocar al otro como tú no carece de riesgo. Hay que estar dispuesto a exponerse a la alteridad y extrañeza del otro. Los «factores de tú» que hay en el otro son reacios a todo aseguramiento.

Arrastran peligrosamente hasta el extremo, hacen que la coyuntura acrisolada se vuelva laxa, dejan tras de sí más preguntas que satisfacción, hacen que la seguridad vacile, y son desapacibles y siniestros, pero también son indispensables.

La comunicación actual aspira a eliminar del otro aquellos «factores del tú» y a ponerlo en un mismo nivel con el «ello», concretamente, haciéndolo igual.